

G. Lora



FB

303.64

L865p

¿PORQUE LA CLASE OBRERA NO TOMO EL PODER EN 1952?

La Paz Bolivia
1984

00644

¿ POR QUE LA CLASE OBRERA
NO TOMO EL PODER EN 1952?

INDICE

Capítulo I

ORIGENES DE LA REVOLUCION

1. La guerra del Chaco pag. 3
2. Defección de la izquierda5

Capítulo II

EL PROLETARIADO SE PONE EN PIE

3. La experiencia Radepa-MNR14
4. La movilización durante el sexenio20

Capítulo III

LA REVOLUCION DE 1952

5. ¿Cuál el grado de madurez alcanzado por las masas? 27
6. Emergencias 31

Capítulo IV

PERSPECTIVAS

7. Perspectivas34

Capítulo V

NUESTROS CRITICOS

8. Nuestros críticos37

5.437
6-11-84

1117

¿POR QUE LA CLASE OBRERA NO TOMO EL
PODER EN 1952?

por: G. LORA

Capítulo I
ORIGENES DE LA REVOLUCION

1. La guerra del Chaco.

La formación del proletariado boliviano como clase, un proceso que está muy lejos de haber concluído, recorre un largo y tortuoso camino, que entronca en los primeros decenios del presente siglo. Sin embargo, la guerra del Chaco marca un hito de gran importancia en este camino. El conflicto bélico internacional sacudió las entrañas mismas del país, puso al desnudo la quiebra total de la feudalburguesía, que tan aplicadamente se convirtió en agente del imperialismo, e hizo reflotar las llagas purulentas del régimen social imperante.

El ejército, criatura de la clase dominante y resultado obligado de la lucha de clases, se hundió en la ineptitud.

La economía se mostró extremadamente débil para hacer frente a los gastos de la guerra: Bolivia era una especie de hacienda de la gran minería, particularmente de la empresa Patiño, que se habían convertido, gracias a los servicios prestados en ese sentido por los gobiernos liberales, en un verdadero superestado entroncado en el capital financiero.

La política bélica y la diplomacia a su servicio, cuya chatura se hizo evidente para todos, no fueron otra cosa que la prolongación por otros medios de la política interna que venía desarrollando la feudalburguesía: subordinación del Estado a la defensa de los intereses de las grandes empresas, del "derecho" del gamonalismo de someter a una explotación inhumana a la masa indígena y de los privilegios de la metrópoli foránea y opresora. Esta política solamente podía conducir al descalabro interno e internacional, cosa que fue precipitada por la guerra.

En alguna forma, el conflicto bélico se convirtió en piedra de toque para la política, los partidos y las organiza-

Inventario No.

001938

Stencil No.

DOCUMENTO CUSTODIADO POR LA BIBLIOTECA CENTRAL DE LA UMSA

ciones sindicales de la clase obrera.

Bajo la influencia del Buró Sudamericano de la IC, la guerra del Chaco fue catalogada como un conflicto inter-imperialista (por intereses petroleros entre empresas norteamericanas e inglesas). La respuesta marxista: el derrocamiento revolucionario. Se olvidó indicar que el recurso de la guerra fue utilizado por el gobierno Salamanca (expresión acabada del gamonalismo) como un recurso más en la política interna, para poder resolver, con ayuda de medidas represivas, los problemas emergentes de la crítica situación económica, del despertar de los explotados, de la creciente propaganda realizada por los partidos de izquierda, etc. La guerra como recurso en la política interna, el chauvinismo artificialmente creado para aplastar a las organizaciones populares y políticas de izquierda, fue apuntado únicamente por Aguirre Gainsborg, si nos referimos a los marxistas que entonces hacían política.

El sindicalismo había cobrado una gran difusión, aunque no pudo emanciparse de sus rasgos artesanales, de una especie de conservadurismo organizativo. Su debilidad radicaba —debilidad que supo aprovechar para sus fines la feudal-burguesía— en que los campesinos y los mineros se encontraban marginados de los sindicatos de las ciudades.

Los explotados comenzaron a dar pasos titubeantes en el camino de su independencia política y organizativa. Se realizaron numerosas y frustradas tentativas para poner en pie a partidos de clase, pero éstos se confundían con las organizaciones laborales, en ningún momento lograron elevarse teóricamente (no expresaron la estrategia propia del proletariado) y tampoco alcanzaron a convertirse en dirección de las masas. Cuando estalló la guerra se podía decir que todavía faltaba el partido revolucionario, que sólo podía estructurarse superando los aspectos negativos (políticos y organizativos) de la experiencia pasada.

Uno de los rasgos distintivos del sindicalismo y del movimiento socialista de la época radicaba en la enorme influencia que adquirió el universitariado, convertido en canal de difusión del socialismo y en semillero de acti-

vistas que organizaban sindicatos e inspiraban su actividad, que ponían en pie presuntos partidos socialistas.

Esta influencia, que inicialmente fue provechosa, tornose perjudicial porque distorsionó el marxismo y lo convirtió en una doctrina meramente discursiva.

Pese a que la guerra del Chaco es presentada como una línea divisoria entre dos diferentes etapas históricas y sin relación alguna, la experiencia y los logros de la preguerra se proyectaron en el porvenir.

La guerra, esa calamidad nacional de colosales dimensiones, tuvo algunos aspectos positivos para la clase obrera y el socialismo: movilizó, puso en pie de combate y un fusil en manos de los campesinos; aceleró la madurez de la clase obrera con referencia a las limitaciones e impotencia de los partidos de la feudal-burguesía, lo que no impidió que más tarde apareciese el saavedrismo como el partido "socialista"; impulsó la insurgencia de la clase media en el escenario político.

2. Defección de la izquierda.

La izquierda de la pre-guerra se desarrolló de espaldas al proceso que seguía el socialismo en escala internacional: en su conjunto estaba muy rezagada, sus movimientos eran muy lentos y tardaba mucho en asimilar lo logrado en otros países, deformándolo indefectiblemente. En resumen, el marxismo creador estaba del todo ausente. El destierro, una de las emergencias de la guerra, obligó a parte de la vanguardia, a sus estratas más valiosas, a dar un salto hacia adelante y a colocarse a tono con los acontecimientos internacionales.

Finalizada la guerra, apuntó en el horizonte la conmoción social, que fuera anunciada por los marxistas más connotados: los que retornaban de las trincheras deseaban vivamente un profundo cambio social (reflotó lo dicho y hecho por el socialismo de la pre-guerra), ajustar cuentas con los responsables del desastre bélico, en fin, crear un nuevo país, aunque no se sabía cuál sería éste.

Pese a las medidas represivas adoptadas por los diferentes gobiernos y a una virtual carnicería de las filas marxistas, la vieja dirección obrera reflató, adquiriendo inclusive

mayor predicamento que ambas, como cabeza visible de las masas anónimas. Mas, esta vanguardia no logró resolver el problema del verdadero partido revolucionario de masas; su preocupación fundamental era la materialización de la unidad de las izquierdas, inclusive por encima de las diferencias políticas e ideológicas, que se las consideraba secundarias y que palidecían frente a esa consigna abstracta de "unidad".

De esta manera la dilucidación teórica, que tanta falta hacía a la izquierda boliviana y cuyo talón de Aquiles radicaba, precisamente, en su tremenda confusión y en su atraso, quedó seriamente torpedeada por el movimiento hacia la unidad por la unidad. El grueso de la izquierda fue siendo paulatinamente ganado por el stalinismo, lo que contribuyó a imprimir una determinada orientación a la tendencia obrera izquierdista. La nueva corriente, que fue definiendo más y más contornos, obligó a postergar para un futuro indeterminado la enunciación de la estrategia del proletariado, a actuar partiendo de la certeza de que la revolución se encontraba en su etapa democrática o burguesa (caracterización a la que se acomodaba perfectamente la especie de que Latinoamérica atravesaba por un período semifeudal) y que, por tanto, correspondía a los trabajadores apuntalar a la burguesía nacional progresista, postergando para el futuro las exigencias propias de los trabajadores.

Las tendencias revolucionarias, las más de las veces diluídas en medio de la confusión ideológica, desembocaron en el destierro el movimiento mundial de la Oposición de Izquierda (dentro de la IC), nombre bajo el que actuaba entonces el trotskismo, en el Partido Obrero Revolucionario (POR), organizado en el exilio (congreso de Córdoba, Argentina) en 1935. Venir al mundo en el exterior supone que debe pagarse un alto precio por la necesaria aclimatación en el país. Efectivamente, el POR no pudo jugar un papel de relieve hasta los años cuarenta; contrariamente, el cenáculo de intelectuales se fue reduciendo más y más y en cierto momento nada tenía que ver con el movimiento obrero boliviano.

La clase dominante posee un gran instinto de mando, adquirido y afinado en el transcurso de su larga dictadura. La historia (particularmente la de 1936 y 1982) enseña que los izquierdistas, por muy avispados que sean, no pueden servirse de ella o actuar desde su vientre para poder realizar el socialismo y menos para transformarla, sueño dorado de los izquierdistas-demócratas. Los que están acostumbrados a mandar y que, al mismo tiempo, son dueños de la economía y de los organismos encargados de fabricar la opinión pública, tienen una gran capacidad de adaptación y de mimetización para confundirse con las constantes modificaciones de la situación política, en cuya base se encuentran los cambios operados en la conciencia de los explotados. Pueden adoptar, por ejemplo, diferentes formas de gobierno a fin de poner a salvo sus intereses. Las masas, que creían haber contribuido al advenimiento de un nuevo orden social, no tardan en constatar que bajo una cobertura novedosa sobrevive la vieja clase dominante.

Si el liberalismo, que puede considerarse como punto de auge de la feudalburguesía, propugnó el encierro de los militares en los cuarteles (guardianes del orden social establecido, pero no árbitros de él), como uno de los requisitos fundamentales para el establecimiento y guarda de la democracia formal, la guerra, que precipitó la desintegración de la clase dominante, colocó el fiel de la balanza en manos de los uniformados. Bolivia volvió a vivir los días turbios de la dictadura del caudillismo de charreteras.

Salamanca, cuya política consistió en utilizar el camino del desastre como parte del plan de superación de la crisis social, económica y política, fue depuesto en el "corralito de Villamontes" (la única victoria de nuestros generales y coroneles, señaló el ingenio popular). De manera tan brutal los militares se convirtieron en el poder mismo. El vicepresidente liberal Tejada Sorzano asumió la presidencia, pero como virtual prisionero de los mandos castrenses y fracasaron todos sus esfuerzos y maniobras encaminados a estabilizar a un gobierno civil. La feudal-bur-

guesía, empeñada en poner a salvo sus intereses y no en defender fórmulas "democráticas" abstractas, no tardó en reorientarse y jugó a la carta de los gobiernos militares.

El viejo ejército de la feudal-burguesía, en el que de manera tan curiosa se hermanaron las tendencias renovadoras con la preservación de la leva entre los siervos que también eran víctimas del impuesto de sangre, tenía la misión fundamental de preservar los intereses de la clase dominante y también del imperialismo que se había apoderado de la minería, de consumir periódicamente sangrías de indios y de mineros, pero no era todavía un adminículo insignificante del Pentágono. Llegado el momento del fin de la guerra, generales y coroneles jugaron el papel de estadistas, a fin de evitar que las masas enfurecidas barriesen con toda la feudal-burguesía. El orden social fue puesto a salvo con ayuda de la espada de los que perdieron la guerra de manera tan escandalosa. El ansiado y esperado enjuiciamiento de los responsables del desastre se fue esfumando poco a poco.

Lo extremadamente contradictorio radicó en que los fusiles, en cuyas bayonetas se colocó un imaginario trapito rojo, aparecieron como sustitutos de la tradicional dirección izquierdista. La revolución transformadora del país, anunciada en todos los tonos por los presuntos marxistas, acabó como una vulgar pantomima. La rosca montó habilidosamente un descomunal escamoteo.

En mayo de 1936 estalló una huelga obrera contra el presidente Tejada reclamando mejoras económicas. Cabalgando en la tormenta social, el jefe de Estado Mayor Cnl. Busch, por encargo de Toro, consumó el golpe de Estado, cuya finalidad fundamental no era otra que la de embridar a las masas.

Los explotados se apresuraron en suplantar la realidad por sus propias ilusiones: izaron la bandera roja en el edificio comunal y por breve tiempo se embriagaron con los discursos, los manifiestos, los decretos gubernamentales, los rótulos y el griterío socialistas. Lo que sucedió en el seno de las masas no era del todo sorprendente, pero lo era sí la actitud de la tradicional dirección izquierdista,

que tan afanosamente acarreó a los trabajadores, a la clase media y a los campesinos, hacia las trincheras oficialistas.

Connotados marxistas, esos que estaban empeñados en poner en pie un partido de masas, se apresuraron en sumarse al gobierno militar socialista, se convirtieron en sus asesores, en sus panegiristas, elaboraron proyectos de leyes, alentando la creencia de que su presencia en el Poder Ejecutivo (en su fuero interno se identificaban con las masas) garantizaba el progreso sin fin del socialismo y la fidelidad a éste por parte del coronel Toro, que ayer demostró estar completamente identificado con el gobierno de Hernando Siles. La realidad se apresuró en darles una desomunal trompada. Muchos de estos izquierdistas declamaron en el pasado acerca de las bondades del derro-tismo revolucionario y otros no tuvieron el menor reparo en huir simplemente del peligro de ser trasladados al frente de batalla.

Hasta ese momento las decisiones del coronel Toro (se lo consideraba el cerebro mejor organizado del ejército, aunque obnubilado por el alcohol) definían la conducta de las fuerzas armadas, pero éstas, en realidad, no pudieron en momento alguno emanciparse totalmente de la clase dominante. Por la propia estructura y naturaleza del ejército, el todopoderoso coronel resultó ser un virtual prisionero del Estado Mayor, de su "hijo" Busch, que rápidamente se encaminó a encarnar la fuerza compulsiva de la institución armada.

Un año después del golpe prororista tiene lugar el cuartelazo contra el que era considerado un predestinado para la gloria en los campos civil y militar. Busch victorioso proclamó la urgencia de defender el programa de mayo. La rosca, no bien salió del marasmo, se dedicó a calibrar los actos y posturas del coronel "socialista": dijo que desde el palacio se sostenía una doctrina sin mayor asidero.

Busch, considerado como uno de los pocos auténticos héroes de la guerra, llegó a la presidencia mimado por todos: los partidos tradicionales, algunos de ellos com-

prometidos en la maniobra de mayo de 1936, estaban seguros que el osado golpista tendría la suficiente energía para rectificar las exageraciones "izquierdistas" de Toro; los obreros, que se pusieron quisquillosos porque éste en sus últimos días no dubitó en mostrarles el puño amenazador; los nacionalistas e intelectuales de la clase media, que tanto se esforzaron por identificarse con Toro, declararon al nuevo presidente su caudillo; en cierto momento Marof sostuvo que el presidente se limitaba a materializar el programa que él había formulado (entrega del 100 o/o de divisas al Banco Central).

¿Qué fueron los gobiernos militares de la post-guerra? No significaron un cambio en el contenido de clase del gobierno, que siguió siendo feudal-burgués. Básicamente reformistas, pretendieron modernizar el país en el marco capitalista, confundiendo en esta medida con el nacionalismo en general. Buscaron y lograron apoyarse políticamente en las masas, lo que les permitió mostrarse como populares. Hubieron agudas fricciones entre los coroneles y el superestado minero, pero aquellos en ningún momento plantearon su destrucción y sí únicamente la limitación de su excesivo poder.

El "socialismo militar" existió por un momento en la mentalidad afiebrada de las masas, de los líderes marxistas y nacionalistas, pero no en la realidad.

La osadía de Toro llegó hasta el extremo de estatizar, sin indemnización, las pertenencias de la Standard Oil, una reivindicación nacida en las trincheras del Chaco. Creó el Ministerio de Trabajo y colocó en él a un dirigente obrero, Waldo Alvarez. Decretó la sindicalización y trabajo obligatorios. Expresó que se encaminaba a crear un Estado sindicalista, esto cuando sus parciales estaban seguros que había debutado como socialista de Estado. Concluyó persiguiendo a los líderes izquierdistas y, de igual manera que Busch, trajo misiones policiales y militares de la Italia fascista. Ni duda cabe que el ideal de Toro era el Estado corporativo y que en su proyección histórica se mostró más fascista que socialista. La tradicional dirección de izquierda había ayudado eficazmente al nacimiento de un verdadero

monstruo. Era opinión generalizada que el fascismo europeo, que sorprendía a todos con su espectacularidad y eficacia, era ya el socialismo. Eso se desprende de los escritos de dos políticos y panfletistas como Saavedra y Arguedas, tan dispares en múltiples campos, por otra parte.

Busch, un bárbaro metido en política por las circunstancias, fue la figura más contradictoria. Bajo su gobierno funcionó la convención en cuyo seno actuó una fracción obrera e izquierdista con su propia fisonomía y con orgullo plebeyo, esto por primera vez en nuestra historia (adoptó la avanzada constitución de 1938), pero seguidamente se decretó la dictadura. Confió a Hoschild una misión financiera en los Estados Unidos y un poco después intentó fusilarlo. Designó embajador en Inglaterra a Antenor Patiño y, en verdad, siempre mantuvo relaciones con la empresa minera más poderosa. Su "izquierdismo" llegó hasta la dictación de la entrega del 100 o/o de divisas al Estado por parte de los mineros, un control de moneda extranjera, en verdad.

Los gobiernos fascistas de la última época todavía reactualizaron los decretos anticomunistas adoptados por el gobierno buchista.

El socialismo y el movimiento de masas quedaron marcados a fuego tanto por la defección de la tradicional dirección de izquierda, que tan complaciente se sumó al militarismo, se definió dentro de la orientación stalinista y paulatinamente fue perdiendo sus contornos, como por la presencia de las tendencias nacionalistas, que entraron en franca competencia con los "comunistas" en el empeño de ganarse la confianza de los militares "socialistas".

El nacionalismo aparece como la respuesta burguesa al secular atraso del país, por algo apuesta al desarrollo capitalista y considera la liberación nacional como una cooperación leal y beneficiosa con la metrópoli imperialista y no como una ruptura con ésta o su expulsión del territorio nacional. Fueron los intelectuales de clase media los que esbozaron la teoría del nacionalismo y que luego se concretizó como organización política (el MNR

fue fundado el año 1941). El nacionalismo apuntó ya bajo el gobierno de Hernando Siles, que tantos esfuerzos hizo por emanciparse del "mandato imperativo" de su benefactor Saavedra. Una camada considerable de los intelectuales de la época, en la que se contaba hasta el mismo José A. Arze, ya marxista confeso en ese entonces, se declaró nacionalista y parcializada con Siles, que sospechosamente apuntó hacia un gobierno dictatorial y cobijó en su seno a connotados fascistas, como era el caso del estrambótico Guillermo Viscarra. Es esta misma corriente la que un poco más tarde se agrupa, se organiza y actúa bajo el ala protectora de los militares "socialistas": se ha afirmado como ideología y como organización. Aquí hay que buscar las raíces más lejanas del MNR, el partido nacionalista de mayor importancia, esto porque ideológicamente expresa los intereses generales de la inexistente burguesía nacional (desarrollo pleno e independiente del capitalismo). La tendencia llenó un vacío doctrinal y se fue nutriendo de la izquierda de la misma feudal-burguesía.

El porvenir de la clase obrera ya estaba definido: para madurar ideológica y políticamente tenía que vivir a plenitud la experiencia de la pugna entre nacionalismo y marxismo (bajo sus formas stalinista y tro'skysta). Para los bolivianos la política se concretizaba en la actitud asumida frente a la rosca y, por tanto, al imperialismo. El problema radicaba en romper las relaciones de producción imperantes. En el punto de partida de la disputa se encontraba, aunque no siempre de manera expresa, la caracterización del país. La izquierda permanecía engrillada en la repetición mecánica del lugar común de una Bolivia feudal y el nacionalismo encontraba en ella la justificación de su política.

La segunda guerra mundial obligó a plantear de manera nítida las posiciones políticas. El nacionalismo, en ese entonces furiosamente antiyanqui y totalitario, creyó llegada la oportunidad para poder emanciparse de la tradicional coyunda y en los primeros momentos no ocultó sus simpatías con la causa de los países del Eje. No tardará en caer en la cuenta de que se movía y peroraba dentro de la zona

de influencia del imperialismo yanqui y que éste se iba afirmando más y más como seguro vencedor de la contienda. El MNR llegó a la conclusión de que era un prisionero en manos de los Estados Unidos, realidad que le obligaba a acentuar su democratismo y a convenir acuerdos de cooperación con la metrópoli. Pese a esta evolución ideológica pudo competir ventajosamente con el stalinismo por el control de las masas y apareció en la historia como una fuerza definitivamente antirosquera. Esta tradición pesará de manera decisiva en las luchas políticas del futuro.

El stalinismo ya se mostró de cuerpo entero durante los gobiernos militares socialistas: decisión de cooperar con la burguesía progresista. Pero, es durante la segunda guerra mundial que demuestra el contenido contrarrevolucionario de su programa. Arrastraba y capitalizaba la herencia de las luchas sociales de la pre-guerra chaqueña, ocasión en la que la primera reunión de los partidos comunistas latinoamericanos decidió poner en pie en Bolivia al Partido Comunista, el mismo que no pudo superar la etapa de la clandestinidad y del pequeño círculo de dirigentes.

Siguiendo la línea de Moscú, que subordinó a la IC a las maniobras contrarrevolucionarias de la diplomacia del Kremlin y concluyó disolviéndola en 1943, el stalinismo boliviano, ya organizado como partido en el PIR (fundado en 1940), cooperó con el imperialismo norteamericano, al que entonces llamaba "gran democracia", y con la misma rosca minera. Ahora se sabe que uno de sus militantes de relieve era nada menos que Guillermo Gutiérrez Vea Murguía, algo así como falderillo de Aramayo y de su empresa, que proporcionaba con largueza dinero a los stalinistas. El PIR nació como partido de masas, como la expresión de la unidad de las izquierdas y con grandes posibilidades de controlar a la mayoría de los explotados y así vengar la frustración del Partido Comunista clandestino de 1928.

Desde el punto de vista de los trabajadores, era justa la conclusión en sentido de que habían sido vilmente trai-

cionados por el stalinismo. Los frentes antifascistas que fueron puestos en pie contra el gobierno Villarroel no fueron otra cosa que componendas políticas con las diferentes gamas de la rosca, a fin de poder servir mejor a los explotadores y a la metrópoli. De esta manera, la izquierda tradicional contribuyó directamente a potenciar al nacionalismo burgués. Con el correr del tiempo, el stalinismo acabó sirviendo al mismo nacionalismo que combatió tan sañudamente en el pasado. Esta inconducta contribuyó al proceso de diferenciación política entre las masas y el nacionalismo, inseparable de la formación del proletariado como clase. Esta es una nueva prueba de que el stalinismo es una fuerza totalmente extraña a la estrategia de la clase obrera.

La revolución boliviana tiene en el nacionalismo y en el stalinismo a fuerzas distorsionantes y retrógradas, esto porque están empeñadas en estrangular el proceso de transformación en los límites capitalistas. Esa revolución recorre un otro camino: la necesaria lucha del radicalismo proletario contra nacionalismo y stalinismo, cuya alianza aparece como el fenómeno más lógico. La independencia política y la conciencia de clase siguen este canal.

Capítulo II EL PROLETARIADO SE PONE EN PIE

3. La experiencia Radepa-MNR.

La inconducta stalinista allanó el camino para el advenimiento del gobierno nacionalista Villarroel-Paz.

La Logia Radepa, nacida en el cautiverio paraguayo como tendencia totalitaria y marcadamente fascista, encarnó la rebelión de los jóvenes militares contra los altos mandos y los autores de la pérdida del Chaco, rebelión que buscaba la transformación del ejército y del país todo. Radepa estaba segura de haber venido al mundo para salvar a Bolivia de su segura disolución.

Si Radepa apuntaba con toda seguridad hacia la conquista del poder y se había preparado durante años para cumplir su misión, el acompañante civil resultó un fac-

tor de segunda importancia y en su designación no estuvo del todo ausente el azar, como han indicado más tarde dirigentes de la logia militar. Los candidatos eran el MNR y FSB y esto no por casualidad, en ese momento eran las organizaciones políticas que más afinidad tenían con Radepa. En la digitación del MNR tuvo influencia decisiva el que esta tendencia, gracias a su oportuna y habilidosa participación en los debates parlamentarios alrededor de la masacre de Catavi, apareció con algún predicamento entre las masas. Como quiera que el stalinismo se había desplazado hacia la trinchera rosquera, los explotados buscaron con desesperación un otro canal para expresar sus ansiedades y sus objetivos y lo encontraron en el MNR, que estaba más a la mano. El nacionalismo utilizó el poder para afirmarse como partido y para penetrar en las masas.

José A. Arze reveló que el PIR consideraba que la "revolución nacionalista" (1943), en verdad un débil empeño encaminado a modernizar el país, guardaba estrecha relación con el programa stalinista, al extremo de que nuestro personaje la consideraba obra también de su partido. Los planteamientos del gobierno Radepa-MNR, su posible proyección histórica, coincidían plenamente con los objetivos de la revolución democrática. Las circunstancias obligaron a Arze a ser por demás categórico: se imponía cooperar con el capitalismo nativo y foráneo, claro que todo dentro de la perspectiva del desarrollo del país.

La desesperación se apoderó del PIR cuando comprobó que el nacionalismo se aprestaba a cumplir el programa stalinista, es decir, la primera etapa de la revolución. Al verse rechazado por Villarroel, seguramente bajo presión del MNR que entonces estaba vivamente interesado en ganar a las masas para sus posiciones, se desplazó osadamente hacia las trincheras rosqueras y se esforzó por encontrar a la burguesía progresista entre los gamonales y los saqueadores del país.

El PIR cumplió un tristísimo papel: empujó a las masas que aún controlaba hacia la reacción, hacia las posiciones de quienes, a título de defender la democracia y la "civilización cristiana", se entregaron en alma y cuer-

po al imperialismo. Ya sabemos que se trataba de un viejo oficio: esa misma tarea de proxenetas cumplieron durante los gobiernos militares.

La rosca se asió a una de sus viejas ilusiones: suponía que el imperialismo norteamericano estaba obligado, por razones políticas y morales, a derrocar al gobierno fascista e instalar a la feudal-burguesía en el Palacio Quemado. Para la metrópoli saqueadora y opresora la intervención política en las semicolonias es una parte de sus negocios: no se guía por el apego a declaraciones líricas y abstractas, sino que busca y apoya a gobiernos que le sean útiles, que sean capaces de garantizar la obtención y aprovechamiento de la plusvalía; en otras palabras, que muestren alguna capacidad de dominar y controlar a los sectores mayoritarios de la población. Más tarde los partidos de la rosca incurrierán en un error parecido: esperaban que los yanquis derrocasen al gobierno del MNR de 1952, sindicado entonces como comunista. En ambas ocasiones, el imperialismo apoyó a los dueños del poder porque en ese momento arrastraban a las masas, ofrecían la perspectiva de embridarlas y de garantizar el cumplimiento de sus planes.

Queremos subrayar que la experiencia vivida durante el gobierno MNR-Radepa contribuyó a abrir la posibilidad para que el nacionalismo pudiese acaudillar a la nación oprimida tras la bandera de la liberación nacional. Este fenómeno se incorporó como uno de los componentes fundamentales de la llamada "revolución nacional" y que no es otra cosa que la etapa democrática o burguesa del stalinismo. En resumen: la entrega del PIR a la rosca potenció al MNR.

El gobierno Villarroel fue moderadamente reformista y no se atrevió a llevar a la práctica un programa de liberación nacional de la opresión imperialista; contrariamente, agotó todos los recursos (al extremo de embarcar en una nave norteamericana a súbditos alemanes y japoneses, cuyos bienes fueron intervenidos, etc) para ganar la confianza de la metrópoli y demostrar su alineamiento dentro de la política democrática: el gobierno boliviano actuó como si estuviera combatiendo contra Alema-

nia, Italia, etc.

En la política interna tuvo que luchar sin tregua contra las conspiraciones montadas por la alianza rosca-PIR. La rosca cuidadosamente fue fabricando una opinión generalizada contra los "crímenes del fascismo". El PIR movilizaba a los sectores populares, utilizando a fondo a los "comités tripartitos" y a la CSTB (brazo sindical del stalinismo). El gobierno, atenzado dentro de este cerco de fuego, no tuvo más remedio que ir al encuentro de los explotados que tradicionalmente se movían al margen de la CSTB. Organizó sindicalmente a los mineros (1944) y también movilizó a los campesinos (primer congreso nacional), a los que entregó algunas medidas, que, al menos en el papel, tendían a aminorar su lamentable situación.

El stalinismo acuñó una curiosa teoría: dijo públicamente que los mineros eran fascistas y los atacó frontalmente, sobre todo a su naciente organización sindical. Determinados sectores de trabajadores pueden ser desorientados y neutralizados por un movimiento o gobierno fascistas, la expresión más brutal de la burguesía, pero de ninguna manera trocarse en fascistas, que equivale a sostener que se convierten en otra clase, en la enemiga.

La actitud francamente antiobrera del PIR contribuyó de manera decisiva a convertir al nacionalismo de izquierda en uno de los obligados ejes de las movilizaciones de masas. Así fue fijada una de las grandes líneas de las luchas sociales libradas durante el sexenio rosquero y en el propio 1952.

El frente rosca-stalinismo consumó, el 21 de julio de 1946, como muy bien saben los actuales dirigentes del PCB, un golpe contrarrevolucionario de enormes dimensiones: el colgamiento de Villarroel allanó el camino para la restauración rosquera.

El estremecedor acontecimiento tuvo un efecto dispar y contradictorio en el seno de las masas: su instinto les permitió darse cuenta que la rosca retornaba al poder y que no tardaría en acabar con todas las conquistas sociales, esta certidumbre radicalizó de un golpe a la masa explotada, que inmediatamente se identificó con la Te-

sis de Pulacayo; cuando vieron o supieron que el cuerpo inerte de Villarroel pendía de un farol de la plaza Murillo de La Paz, no tardaron en identificarlo con sus aspiraciones, en atribuirle todas las virtudes concebibles, al extremo de que lo consideraron sinónimo de la dictadura del proletariado.

El MNR protagonizó muchas fricciones con la Logia Radepa y cuando se precipitaron los luctuosos acontecimientos de julio de 1946 estaba fuera del equipo ministerial, lo que no impidió para que más tarde apareciese como el heredero indiscutido de Villarroel. Este fenómeno constituyó uno de los elementos de relieve que hizo posible el liderazgo movimientista de las masas. Desde ese momento era ya posible percibir el futuro choque entre los objetivos de los explotados y la ideología movimientista. La identificación del MNR con las masas llevaba en su seno los gérmenes de una gran contradicción.

La sañuda persecución policial que siguió al 21 de julio y que prácticamente marginó al MNR del escenario político, momentáneamente le ocasionó serios daños, pero durante el sexenio rosquero contribuyó a convertirlo en un polo aglutinante de la oposición antigubernamental que crecía a diario; la guerra civil de 1949 fue un factor que actuó en el mismo sentido. Si durante el gobierno Villarroel la vanguardia minoritaria de la clase obrera hacía serios esfuerzos por diferenciarse políticamente del nacionalismo, particularmente con su dirección; en el sexenio, una creciente cantidad de trabajadores y de elementos de la clase media comenzaron a girar alrededor del MNR.

El stalinismo demostró no poder asimilar una de las mayores lecciones de la historia: cuando los trabajadores son inicialmente movilizados y organizados por la clase dominante, no bien comienzan a caminar en sus propios pies amenazan seriamente a sus prohijadores y en base de su experiencia diaria van afirmando su independencia de clase, proceso que tiende a la estructuración del partido de clase. No es una línea recta, sino todo un proceso contradictorio, con avances y retrocesos. Un fenómeno similar ya se observó a comienzos de siglo, cuando la clase

obrero de entonces se rebeló contra el Partido Liberal, que le correspondió contribuir a la estructuración de las primeras organizaciones sindicales.

Después de 1944 tuvo lugar un fenómeno similar: la minoría de la vanguardia minera se rebeló contra el gobierno nacionalista y en el tercer congreso de mineros (Catavi, marzo de 1946) expresó, en presencia de los funcionarios estatales (seguros que se trataba de uno más de "sus" congresos), que nada tenía que ver con el régimen nacionalista, que estaba dispuesta a seguir su propio camino y a enarbolar su propio estandarte. Se dijo que si el gobierno Villarroel no pudo materializar la liberación nacional y ni siquiera satisfacer sus demandas más sentidas, esas tareas las cumpliría el gobierno de los obreros.

También es oportuno recordar que fue en ese congreso donde se acordó luchar por una reestructuración del sindicalismo bajo la dirección proletaria y una plataforma de reivindicaciones transitorias. Había sido fijado el hito y abierto el surco para la estructuración de la clase en consciente y para su total independencia, tanto ideológica como organizativa, frente a la burguesía. Este proceso, el más importante de toda la revolución, precisaría para cumplirse —como luego han demostrado los hechos— de un largo tiempo y vencer innumerables escollos.

Entonces, en 1952 y después, el POR lanzó uno de sus pronósticos de capital importancia y que demuestra que caló hondo en la realidad boliviana y en la lucha de clases: las masas estaban simplemente de paso por el MNR y éste, partiendo de su bullanguera histeria antiyanqui, estaba condenado a concluir convertido en sirviente del imperialismo. Fueron el marxismo y las leyes de la revolución permanente los que permitieron tan sorprendente análisis de algo que ya pertenece a la historia y que humanamente aparece encarnado en V. Paz. La clave del fenómeno (o la ley de la revolución en los países atrasados en nuestra época): los obreros movilizadas por la clase dominante y no bien adquieren su propia fisonomía, indefectiblemente ponen en serio riesgo a la propiedad privada, empujando así a las capas burguesas para que se abandonen

en brazos de la metrópoli opresora y que gustosos pactan con ella para poder contener al aliado de la víspera, inclusive utilizando las armas.

En ese entonces el mensaje no fue debidamente entendido por las masas que estaban seguras que el MNR realizaría la estrategia proletaria (en una pose de demagogia cínica, V. Paz proclamó que su gobierno era uno de obreros y campesinos), por la izquierda en general y particularmente stalinista, embriagada por la certeza de que el nacionalismo era antiimperialista y revolucionario y ni siquiera por todo el grueso de la militancia porista, pues parecía contradecir los hechos: las masas seguían a un partido radicalizado que se encontraba en el poder.

4. La movilización durante el sexenio.

Después del golpe contrarrevolucionario de julio, los mineros radicalizados en extremo adoptaron, en un congreso extraordinario destinado a definir su orientación política, la Tesis de Pulacayo, que constituye la biblia del movimiento obrero revolucionario.

Fueron las circunstancias políticas las que convirtieron el documento en algo excepcionalmente importante. No debe olvidarse que repite y sistematiza lo que ya fue acordado en el tercer congreso minero de Catavi.

Se enunció la acción directa como el método fundamental de lucha, en oposición al arbitraje obligatorio, consagrado por las leyes y convertido en grillete colocado a los sindicatos. Para el "izquierdista" Siles de hoy esa prédica es el mayor crimen del POR. El armamento de la clase obrera fue colocado de manera paralela a la necesidad de proceder a la ocupación de las minas amenazadas de cierre por la rosca minera, tan preocupada de hacer retroceder a los explotados que osadamente ganaban las calles y cuya tendencia impulsora, oscura y subterránea, no era otra que acabar con la dictadura de la rosca. Volvieron a repetirse las consignas transitorias del salario básico vital, de las escalas móviles de horas de trabajo (respuesta a la desocupación) y de salarios con referencia a los precios de las mercancías, del control obrero, etc. Todo esto, en alguna forma, era el producto de la asimilación de la ex-

perencia internacional y de los slogans que agitaban los trabajadores de otros países. Esta parte de los documentos ideológicos puede perecer, total o parcialmente, conforme a los avances operados en el campo de las conquistas sociales. Lo que queda en pie son el método, que sirve de hilo conductor de los planteamientos programáticos, y los enunciados estratégicos.

Se percibe de lejos que la Tesis de Pulacayo se inspira en el programa de transición de la Cuarta Internacional y que fue redactado por Trotsky. De aquí toma su método: contribuir a que las masas se encaminen hacia la conquista del poder, partiendo de sus luchas por el logro de reivindicaciones que tienen relación con las condiciones de vida y de trabajo y del estado real de la evolución de su conciencia de clase, vale decir, de su propio atraso, quedando así superada la división del programa en mínimo y máximo, la separación entre táctica y estrategia. La necesaria lucha por las reformas quedaba soldada a la lucha por la revolución, por la materialización de la finalidad estratégica de la clase, en esta época de la revolución proletaria mundial.

El problema se refiere a que ese método, que constituye la síntesis que supera las desviaciones reformistas de la Segunda y Tercera Internacionales, permitió elaborar para los explotados de un país tan atrasado como Bolivia un programa coherente y revolucionario, que subordina la lucha cotidiana a la conquista del poder, concebida no como algo inalcanzable o relegada para un futuro indeterminado, que esto era lo tradicional, sino que debe materializarse en esta etapa del capitalismo como economía combinada (rezagado).

La enorme trascendencia de la Tesis de Pulacayo y la causa por la que conserva su vigencia (que será así hasta tanto la clase obrera tome el poder), radican en la novedosa caracterización que hace del país como capitalista atrasado, lo que, por otra parte, le imprime sus rasgos de originalidad. Se zanja así una vieja disputa en el campo marxista acerca de la naturaleza de los países latinoamericanos. Hasta entonces en el seno de la izquierda se hablaba



del socialismo, de hacer la revolución, pero no como tareas concretas de la clase obrera boliviana, sino simplemente como una generalidad, como un buen deseo que podía o no materializarse. La Tesis de Pulacayo, partiendo de la concepción de la revolución de nuestra época como socialista y como una unidad mundial, enuncia con nitidez que el objeto central de lucha de los explotados de Bolivia no es otro que la revolución y dictadura proletarias, partiendo de la alianza obrero-campesina, o sea de la unidad de la nación oprimida bajo la dirección del proletariado, ahora sabemos que esto es el frente antiimperialista.

¿Por qué pudo aprobarse la Tesis de Pulacayo, cuya factura trotskysta salta a la vista? Este documento fue faccionado, propagandizado y llevado hasta los sindicatos por los trotskystas, que conformaban un núcleo pequeño, joven y de poca experiencia, pese a que venían de 1935, pues prácticamente acababan de irrumpir en el escenario político. Excepcionalmente el escenario había quedado libre del todo para que pudiese actuar a plenitud: el MNR no daba muestras de vida y el stalinismo permanecía aferrado a las trincheras de la rosca. Aprovechando esta excepcional coyuntura el POR penetró en el seno de las masas mineras y realizó un trabajo que aparece titánico en la perspectiva histórica. El trabajo realizado por el trotskysmo resultó remarcable y únicamente sorpresivo para quienes permanecían extraños a la lucha cotidiana de los trabajadores.

Desde algún tiempo atrás, el POR realizó un trabajo sistemático y de hormiga para poder captar contactos y militantes obreros. Los bruscos virajes políticos contribuyeron a facilitar la materialización de este empeño.

El partido, que es tal si logra elaborar su programa, tiene la misión fundamental de transformar a la clase, de convertirla en consciente, trabajo previo si se quiere liberar a la sociedad de la vergüenza capitalista. Esta es su práctica revolucionaria: actúa sobre la clase para trocársela en consciente y en la misma medida se transforma, se convierte en acabada dirección de los explotados. El programa importa así la asimilación crítica de la experien-

cia nacional e internacional de las luchas revolucionarias, exposición concreta de las leyes del desarrollo de la sociedad que se pretende transformar, en fin, concretización en una fórmula gubernamental de los objetivos estratégicos.

Hay una inter-acción entre clase y partido, se condicionan y penetran mutuamente y luchan constantemente entre sí: la masa rechaza a su libertador, no lo comprende, cuando no ha logrado acumular cierto grado de experiencia, que sólo puede darse en la actividad cotidiana, en la lucha por pequeñas reivindicaciones y a través de manifestaciones instintivas. Cuando lo acepta, la organización partidista actúa como poderosa palanca que impulsa hacia adelante la conciencia de la clase, entonces está abierta la posibilidad para que las ideas revolucionarias cobren fuerza material, para que la independencia ideológica y política se convierta en realidad. La clase que marcha por su propio camino y que enarbola su particular estandarte de lucha, plantea problemas inéditos en materia política y organizativa y que el partido está llamado a resolver.

Para este último importa un necesario y oportuno reajuste programático (rectificación o complementación), únicamente así puede seguir motorizando la evolución de la conciencia de clase, si no lo hace o tarda demasiado en esta tarea, puede transformarse en serio freno opuesto al avance de las masas, lo que importa una actuación reaccionaria. El partido será nuevamente rechazado y dejado a un lado como dirección revolucionaria. No puede eliminarse la posibilidad de que un partido marxista, revolucionario, se trueque en su contrario, en reaccionario.

El POR vivió en gran medida este proceso. Se debió a él, que poco antes y después de Pulacayo, la clase madurase tan rápida y considerablemente en los aspectos político e ideológico.

¿Pero se puede decir cuándo está acabada del todo la evolución de la conciencia clasista? Si esto sucediese, se trataría de un fenómeno metafísico. Nos encontramos frente a un proceso en continuo cambio, contradictorio, con continuos avances y retrocesos, que evoluciona apo-

yándose en las etapas precedentes, destruyéndolas y conservándolas, al mismo tiempo. Hay épocas, las de retroceso y reacción, en las que los logros en la evolución de la conciencia de clase parecen perderse del todo, esto porque asoman desafiadoras en el seno de las masas ideas reaccionarias, prejuicios tan cuidadosamente divulgados e impuestos por la burguesía. Este fenómeno, que a muchos les empuja a sostener que el proletariado, particularmente el de los países atrasados, es incapaz de apoderarse del marxismo y de permanecer fiel a él, es consecuencia de la naturaleza de la clase oprimida, de su heterogeneidad la conciencia de clase se transforma en el seno de la vanguardia y se acumula en su expresión más acabada que es el partido revolucionario. En Bolivia, capas considerables de fabriles y constructores carecen de una clara diferenciación social entre proletario, artesano y campesino.

Es propio de la lucha de clases que el proletariado soporte cotidianamente la presión de la clase dominante y de "su" Estado, de las ideas imperantes en la sociedad; se puede decir, que la burguesía actúa normalmente sobre la clase obrera a través de sus sectores más rezagados. Excepcionalmente, cuando las tensiones sociales llegan a punto extremo, el grueso de los obreros se suelda a la vanguardia; pero, en los períodos de reacción las capas atrasadas pueden neutralizar a la vanguardia e inclusive obligarle a abandonar las posiciones conquistadas. Es el partido, siendo una de sus tareas asimilar críticamente la experiencia de las masas y generalizarla, el que acumula los logros en el proceso de evolución de la conciencia de la clase. La experiencia cotidiana enriquece el arsenal de los explotados y este fenómeno constituye una adquisición definitiva.

La Tesis de Pulacayo, por ser un documento sindical, no estableció con claridad cuál debía ser el papel del partido en el proceso revolucionario, dejando abierta la posibilidad de confundir sindicato con partido y que el vacío de dirección fuese llenado por cualquier partido extraño al proletariado, en el momento al que nos referimos por el MNR, precisamente. Dicho de otra manera, el POR no ayudó a los explotados a construir su propio partido. Constituye

un grave error olvidar que el sindicato no es otra cosa que la forma más elemental del frente único de la clase.

En la época a la que nos referimos, había cierta inmadurez en los planteamientos poristas acerca de los caminos que debían recorrerse para estructurar la dictadura del proletariado; el problema de la insurrección no fue planteado ni estudiado. Los obreros no estaban debidamente armados para distinguir entre golpe de Estado, que es lo que todos los días estaba preparando la dirección movimientista, e insurrección. En realidad, el POR no estaba del todo maduro para dar una respuesta satisfactoria en esta materia. La vanguardia no evolucionó lo suficiente (se nota inclusive un estancamiento en esta evolución) para colocarse a la altura del desarrollo alcanzado por la clase y, más bien, actuó momentáneamente como su freno. No hubieron los reajustes programáticos necesarios, lo que impidió comprender debidamente el proceso convulsivo operado durante el sexenio.

Sin embargo, para los elementos revolucionarios, las deficiencias principistas quedaron opacadas por el atrevido y acertado pronóstico acerca del porvenir del nacionalismo de contenido burgués; acaso hacía falta penetrar y concretizar más en el análisis de este contenido de clase, lo que habría permitido disipar ese malentendido de que todos los que gritan representan los intereses del proletariado. El efecto inmediato de la categórica afirmación en sentido de que el pujante, belicoso y archiperseguido MNR no era el partido de los explotados y que estaba destinado a servir al opresor foráneo, no fue otro que contribuir al mayor alejamiento de la vanguardia del grueso de las masas. Este fenómeno solamente podía ser momentáneo, pues la experiencia diaria ya comenzaba a demostrar su justeza; lo que hizo falta fue una mayor profundización en el análisis y propaganda de este aspecto que aparecía conflictivo para la propia militancia que soportaba la poderosa presión de las masas convulsionadas. Se imponía más que nunca templar al partido para que pudiese cumplir adecuadamente su papel de dirección. De una manera general, en la izquierda hay una acentuada y deliberada confu-

sión acerca del rol de los partidos y de su contenido de clase; la dirección revolucionaria está obligada a superar radicalmente esta confusión y debe señalar con precisión el papel que cumplen los diferentes partidos en el proceso revolucionario.

Las fallas y omisiones ideológicas del partido, que tuvieron como trasfondo un cierto aislamiento con referencia al grueso de las masas (éstas nunca dejaron de ver en el POR a un leal partido revolucionario, pero estaban seguras que no era el único), no tardaron en traducirse en una crisis de características organizativas. Gran parte de la nueva militancia, cuyo número era importante, se había sumado al partido con la seguridad de que era el canal que conducía directa y rápidamente al poder. La superación de la crisis y el reajuste programático tardaron algún tiempo, fueron relizados a un ritmo más lento que el del desarrollo de las masas o los veloces cambios políticos.

Las grandes y heroicas luchas de los explotados de las ciudades y de las minas durante el sexenio, tuvieron como telón de fondo la rebelión campesina, particularmente la que estalló en 1947. Masacres sucesivas, despidos multitudinarios de los lugares de trabajo, persecuciones sistemáticas, etc, no lograron aplastar a las masas en pie de combate, aunque se registraron retrocesos momentáneos. Los explotados estaban seguros que había que acabar con los gobiernos feudalburgueses, tipificados como entreguistas y antiobreros, y con la gran minería. Muchas veces fue sellada de hecho la alianza obrero-campesina, pero no hubo una deliberada coordinación de movimientos entre las fuerzas motrices fundamentales de la revolución. Al finalizar el período se tiene la impresión de que obreros y campesinos acentúan la separación de sus respectivos caminos.

La imponente movilización revolucionaria tuvo como ejes centrales a los slogans principales y más explosivos de la Tesis de Pulacayo.

Capítulo III LA REVOLUCION DE 1952

5. ¿Cuál el grado de madurez alcanzado por las masas?

Antes y después de las jornadas de abril de 1952, tanto dentro como fuera del país, los mecanicistas y los ingenieros se guiaron por el siguiente razonamiento: si las masas en su marcha enarbolaron la Tesis de Pulacayo, si era evidente su radicalismo, quiere decir que eran trotskystas, que el POR debía acaudillarlas y que debían tomar el poder. Seguramente pocas veces el simplismo se movió tan a sus anchas como entonces.

Planteamiento tan esquemático tiene todavía ahora sus partidarios, que al aferrarse a lo que en su momento pudo ser novedad denuncian su verdadero pensamiento ya proburgués o bien aventurero. Vale la pena citar algunas de sus connotaciones.

De manera deliberada o no, se confunde sindicato con partido. Una cosa es la adopción de una proposición ideológica por el partido, estructurado alrededor de un determinado programa, y otra muy distinta por un sindicato, por el frente único de la clase. El programa (la finalidad estratégica), define el contenido de clase de un determinado partido. Una organización de masas del proletariado es tal pese a todas sus oscilaciones ideológicas y cuya orientación (revolucionaria o conservadora) está definida por la naturaleza programática de sus ocasionales direcciones y que normalmente deben corresponder, si hay democracia sindical, a las tendencias ideológicas predominantes (no definitivas y sí ocasionales) en el seno de los trabajadores.

La adopción de programas ideológicos revolucionarios por las organizaciones de masas (en este caso por los sindicatos) es un hecho de gran importancia, esto porque puede permitir a la vanguardia realizar un positivo trabajo hacia la revolución. Sin embargo, todas las declaraciones ideológicas radicales pueden quedar relegadas y traicionadas si las direcciones son reaccionarias o si, bajo el rótulo de apolíticas, sirven encubiertamente a la burguesía. La COB vino

al mundo proclamando que la Tesis de Pulacayo era su bandera (el primer proyecto de su programa no era más que un esfuerzo por actualizar dicho documento), lo que no impidió que su dirección burocratizada la convirtiese en instrumento y sostén del gobierno de Víctor Paz, una postura indiscutiblemente anti-Tesis de Pulacayo. En 1970 se adoptó la Tesis Política, que, pese a todas sus contradicciones, constituye un esfuerzo por retomar la línea de Pulacayo. Esto no fue obstáculo para que su dirección impusiese una política abiertamente democratizante y proburguesa (1978-80) y de apoyo, sobre todas las cosas, al gobierno udepista de Siles, que en el pasado dio tantas pruebas de su odio a muerte a la independencia sindical y a la lucha revolucionaria de las organizaciones obreras.

No es suficiente la adopción por los sindicatos de un documento político marxista, todavía hace falta que esa línea se encarne en las masas como resultado del trabajo de la vanguardia, a fin de asegurar direcciones también revolucionarias: en este caso las organizaciones de masas actuarán como grandes auxiliares en la movilización y lucha hacia la conquista del poder. La dirección política es el partido y no el sindicato.

A veces se plantea el absurdo esponaneísta y anarquista en sentido de que la clase obrera y sus organismos de masas son revolucionarios por sí mismos, que siempre está bien todo lo que hagan, pues no pueden equivocarse y menos asumir actitudes contrarrevolucionarias. La crítica del partido revolucionario a los despropósitos cometidos por la clase o por los sindicatos, es repudiable y contrarrevolucionaria: el partido político no sería dirección de las masas, sino uno de sus auxiliares más, destinado a moverse en silencio y no pretendiendo imponer una determinada orientación. Para los que razonan de esta manera, los obreros siempre actúan en forma revolucionaria y pueden tomar el poder no importando en qué momento y en qué condiciones políticas. Esta "teoría", que tan alegremente confunde la lucha por los objetivos democráticos con la lucha revolucionaria, parte de la certeza de que los sindicatos son ya la dirección para la conquista del poder (este

objetivo es identificado con la colaboración gubernamental con la burguesía), importando poco que exista o no el partido político.

En Vísperas de abril de 1952, las masas enarbolaron varias consignas de la Tesis de Pulacayo y estaban seguros que marchaban a consumar la revolución, pero masivamente se sumaron —por las razones expuestas más arriba— al partido pequeño burgués movimientista que expresaba los intereses generales de la burguesía nacional, que, en el fondo, constituía el polo **excluyente** de los postulados centrales de Pulacayo. Este proceso fue relegando, cierto que momentáneamente, al POR como dirección política de los explotados. Todo el proceso histórico anterior desembocó en esta contradicción. Se tiene la impresión de que las propias masas se cerraron el camino del poder al adherirse a la actividad movimientista y el partido revolucionario no tuvo posibilidades para rectificar radicalmente esa orientación. También el POR tuvo que madurar debidamente para cumplir su misión histórica. El MNR fue reteniendo en sus manos los resortes que le permitirán contener en ciertos cauces la movilización de las masas.

Las masas maduraron lo suficiente (maduración en la que participó de manera decisiva el POR) para acabar con la burguesía y con su Estado, no hay que olvidar que asestaron golpes decisivos que contribuyeron a disolver el ejército, pero no tanto como para tomar el poder en sus manos, se consolaron con el espejismo de que el gobierno movimientista era ya su gobierno. En abril de 1952 resultó imposible evitar este fenómeno, producto del precedente proceso histórico.

Los campesinos se sumaron un poco tarde a la revolución y lo hicieron luchando por la conquista directa y armada de la tierra, etapa en que obedecieron a la dirección del POR.

Dictada que fue la reforma agraria (1953), objetada únicamente por el trotskismo y calurosamente aplaudida por todas las gamas imaginables de la izquierda, el grueso de los explotados del agro se adhirió al gobierno movimientista.

Las masas no estaban maduras para tomar el poder porque no se plantearon la urgencia de estructurarse como partido, porque, pese a todos los avances que habían hecho, no alcanzaron a comprender que el MNR les era totalmente extraño. Un poco más tarde se dará este proceso como atisbos instintivos. De esta manera se dio la perspectiva de tener que vivir la experiencia movimientista.

Hay que decir con toda claridad que los explotados para tomar el poder debían haber dado las espaldas al MNR, no podía esperarse que en 1952 ocurriese esto porque su propia experiencia frente a esta organización no lo permitía. El nacionalismo de 1943-46 había sido derrocado cuando comenzaba a demostrar su incapacidad de romper con el imperialismo, pero el proceso fue detenido en medio camino por los trágicos acontecimientos de julio. Ahora sólo se tenía en cuenta al MNR identificado (en la imaginación de los explotados) con Villarreal, el mártir de las represiones del sexenio, al luchador que se lo suponía estaba predestinado a cumplir nada menos que la Tesis de Pulacayo. La prédica antimovimientista del POR sonaba como sectaria y una lucha muy larga y de muy lejano cumplimiento.

Las masas para poder encaminarse hacia la conquista del poder no tenían más remedio que volver a vivir la experiencia (una experiencia llena de traiciones, felonías y crimen) de los gobiernos movimientistas y esta vez a plenitud. Ninguna prédica, ninguna propaganda, ninguna consigna, podían sustituir este proceso de maduración bajo un régimen extraño desde el punto de vista clasista, lo más que podía hacerse era acelerarlo relativamente.

Cuando las masas se encuentran en trincheras clasistas ajenas, importando poco por qué razones, simplemente no pueden pensar en tomar el poder por sí mismas; están seguras de que el gobierno vigente es de ellas. El partido revolucionario no pierde la perspectiva de la conquista del poder, pero su camino conocerá un gran desplazamiento: al poder sólo puede llegar conquistando a las masas, pues serán éstas las que consumen la revolución. En el caso boliviano conquistar a las masas suponía arrancarlas del control,

político del MNR, un proceso largo y complicado, como se ha encargado de ratificar la historia.

Casi no merece comentarse la especie de que la presencia del partido revolucionario y una o algunas consignas oportunas e inteligentes habrían modificado el curso de la historia y llevado a las masas al poder. Este es el colmo del subjetivismo.

La insurrección obrera de abril de 1952 (el inicial golpe de Estado de la dirección movimientista se transformó en insurrección por la presencia de las masas) podía haber llevado a la clase obrera al poder, esto siempre que no hubiese estado atrapada por el MNR y pese a la ausencia del partido obrero. Es tratándose de la consolidación de la victoria de la revolución que el partido hubiese sido imprescindible.

6. Emergencias.

La no comprensión de este proceso hubiese determinado la disolución partidista. El 9 de abril constituyó un descomunal golpe para las organizaciones izquierdistas que venían del marxismo: el stalinista PIR se disolvió y el marofismo desapareció simplemente. El PCB para cobrar alguna vigencia no pudo menos que convertirse en sostenedor y sirviente del gobierno. Fiel a su concepción de la revolución por etapas, se colocó a la cola de la "burguesía progresista".

¿Por qué el trotskismo es en la actualidad una tendencia revolucionaria vigorosa, que ha sobrevivido a la brutal represión, que constituye una obligada referencia de la polémica y actuación políticas? Si el POR cobra vigencia en la trotskyzada Bolivia (esta tendencia es parte integrante de la cultura del país) es porque su fórmula de gobierno de dictadura del proletariado constituye la respuesta obrera y revolucionaria adecuada a la aguda crisis social, política, gubernamental y económica generada por la total caducidad de la burguesía nativa y la desintegración del capitalismo. Si en 1952, estando maduras las condiciones subjetivas de la revolución, no hubiese tomado el poder junto a las masas —en caso de que hubiesen estado demovimientizadas— es claro que hubiese desaparecido del escenario

político, como consecuencia del grave error de abandonar el campo de batalla sin combate. Esta defección estratégica le habría obligado a cambiar de clase o haber incurrido en muchos errores en esa oportunidad, pero ninguno de ellos puede ser equiparado con el abandono de los objetivos estratégicos que hubiese determinado ese cambio de su contenido de clase: siguió siendo el partido del proletariado, el que señala el camino de la revolución en todas las circunstancias.

La actual pujanza del trotskismo, al extremo de que aparece como la alternativa de poder en las actuales condiciones, viene a demostrar que en 1952, cuando atravesaba una aguda crisis interna, no incurrió en ningún error estratégico. No tomó el poder porque era imposible que lo hiciese.

Las consecuencias de abril de 1952 para las masas fueron de mucha significación. Se vieron atrapadas por un régimen —que lo consideraban suyo— que pugnaba por contenerlas dentro del marco de un capitalismo andrajoso y que se esforzaba por lograr su apoyo a reformas burguesas. Los explotados de las ciudades, de las minas y del campo, no atinaban a salir de su desorientación, esto porque el movimientismo tomó muchos rótulos de las consignas extraídas de la Tesis de Pulacayo, los vació de contenido revolucionario y los llenó con otro reaccionario (nacionalización de minas, reforma agraria, voto universal, etc), sólo muy lentamente se convencieron de que eran víctimas de un engaño. La madurez y experiencia de los explotados consistió en poder revelar y superar este engaño.

Lejos de consumarse la liberación nacional (expropiación y expulsión de las empresas imperialistas, desconocimiento de la deuda externa, etc), el país fue entregado maniatado a la voracidad de la metrópoli saquedora y el malbarato de las riquezas naturales se convirtió en un método de gobierno. La industrialización fue renunciada pero no ejecutada, todo porque al imperialismo, al que se lo quiso convertir de opresor en socio, no le interesaron tales planes.

La modernización del país en el marco del capitalismo (uno de los aspectos vitales del programa del MNR) debía rematar necesariamente en la estructuración de una democracia formal lo más perfecta posible. El fracaso en este aspecto fue acaso más ruidoso que el del propio liberalismo: el poco desarrollo capitalista, excesiva miseria y virulencia de la lucha de clases, ausencia de una clase media rica, etc) no ha permitido, no permite ni permitirá un generoso desarrollo de la democracia.

La reforma agraria (más que ninguna otra medida atentó contra la obra ya realizada por los explotados), puso a salvo parte de los intereses del gamonalismo y condenó a los campesinos a la miseria. Se acabó como reparto negro y no pudo abrir las posibilidades para la concentración capitalista de la tierra, que de realizarse se hubiera convertido en el basamento material del desarrollo capitalista y del florecimiento de la democracia.

La nacionalización de las minas fue promesa de liberación, pero el gobierno movimientista volvió a entregar las riquezas mineralógicas al control directo o no del imperialismo. Esto es mucho más evidente si se tiene en cuenta que la minería mediana, tan protegida por los regímenes movimientistas, no es otra cosa que un canal de actuación del imperialismo.

Todavía no se ha calibrado en toda su dimensión el carácter antidemocrático y conservador de la ley electoral movimientista. Desde 1826 en el Perú y de la segunda mitad del siglo XIX en Bolivia, las tendencias liberales más avanzadas han venido luchando por otorgar a los campesinos la plenitud de la ciudadanía (derechos de votar y de ser elegido). El MNR, interesado en convertir al campesinado en su soporte político fundamental, se ha limitado a entregar la semiciudadanía al grueso de los hombres del agro, con la seguridad de que así podría convertirlos en sus pongos políticos y perpetuarse en el poder.

Bolivia sigue siendo un país distocado y en cuyo seno actúan poderosas tendencias centrípetas que tienden a disolverlo (separatismo, localismo, regionalismo). El MNR, que no pudo ensanchar considerablemente el mercado interno, no ha podido dar cumplimiento a la tarea burgue-

sa de la unidad y gran Estado nacionales.

En fin, no se ha dado el desarrollo capitalista pleno e independiente.

Todas estas frustraciones se deben al hecho de que la clase obrera no ha llegado al poder en 1952 y ya hemos visto por qué razones.

El destruido aparato estatal feudal-burgués fue reorganizado por el MNR como Estado burgués no soberano y totalmente subordinado a la metrópoli. El imperialismo impuso, a través de Paz Estenssoro, Siles y Lechín, el desarme del pueblo y la reorganización del ejército. El MNR soñó que la nueva criatura sería un ejército de obreros y campesinos, pese a que ninguno de estos sectores se encontraba en el poder. Aquí se dieron la mano la viveza criolla y la demagogia. Se pensó controlar a las fuerzas armadas vaciadas en el molde de los intereses norteamericanos, creando una célula militar movimientista. Sin que nadie sospechara fue puesto en pie el canal de expresión de las tendencias más derechistas del nacionalismo. Cuando así convino al imperialismo, los gorilas irrumpieron en el escenario y desplazaron al civilismo nacionalista. El fascismo nació del vientre movimientista.

Se tuvo que pagar un precio tan caro por el hecho de que el proletariado, actuando como caudillo nacional, no tomó el poder en 1952. No se trata de lanzar lamentos, sino de comprender las leyes del desarrollo del proceso revolucionario.

Capítulo IV PERSPECTIVAS

7. Hay que lograr el desarrollo integral del país, de manera que las fuerzas productivas de un colosal salto hacia adelante. Esta es una necesidad histórica inaplazable que impone la destrucción y superación de la forma de propiedad privada capitalista, umbilicalmente vinculada al capitalismo, y la pequeña parcela del campesino.

La experiencia negativa del 9 de abril es definitiva como prueba de la incapacidad de la burguesía intermedia-

ria y de las diversas formas de gobierno que pone en pie, para poder cumplir esas tareas inaplazables, si se quiere que Bolivia ingrese plenamente a la civilización. No pueden dejarse pendientes de realización esas tareas democráticas, porque hacerlo importaría trabajar activamente para impedir la superación del atraso. La disyuntiva para Bolivia es clara: se produce su transformación revolucionaria, a través de la superación de su contradicción interna, o bien se hunde en la barbarie y la disolución. Únicamente esta transformación puede permitir que se saquen todas las ventajas posibles de la excepcional ubicación geográfica clave del país y de sus riquezas naturales, que ahora, como consecuencia del atraso, actúan como factores negativos y que se han convertido en una amenaza para su propia supervivencia.

El no cumplimiento pleno de las tareas democráticas (burguesas) por el MNR no solamente confirma la validez de los análisis marxistas, sino que abre la posibilidad de la conquista del poder por parte del proletariado. En caso, por ejemplo, de que la reforma agraria hubiera sido todo un éxito se habría conocido un gran desarrollo capitalista y la clase obrera se hubiera visto obligada a apoyar a la burguesía progresista instalada en el poder por mucho tiempo. Nadie puede ignorar que la historia ha recorrido un camino muy diferente.

El capitalismo atrasado de economía combinada marca a fuego toda la estructura y el desarrollo del país. La revolución no puede menos que reflejarla y será también combinada. El proletariado en el poder—ya tenemos indicado que llegará ahí como caudillo de la nación oprimida—cumplirá a plenitud las tareas democráticas (en este sentido sustituirá a la burguesía nativa), de manera que pueda transformarlas en socialistas, pues no está interesado en ninguna forma de opresión de clase y menos en la explotación de la clase obrera, que en esto se basa el capitalismo.

Se argumentará que estas condiciones objetivas (estructura económica de la sociedad) estaban ya presentes en 1952 y que, por tanto, los explotados debían tomar el poder. Se puede decir que la insuficiente evolución de la

conciencia de clase del proletariado impidió que este objetivo estratégico se materializase. Este hecho condicionó la política del partido obrero.

La situación política que vivimos actualiza la revolución y dictadura proletarias. Pese a que se trata de materializar las tareas democráticas, la revolución que debe realizarse no será la repetición de la de 1952, sino otra cualitativamente diferente. Consumada por la nación oprimida bajo la dirección del proletariado, es decir, mayoritaria y de ninguna manera limitada a la acción de esta última clase minoritaria, instaurará la dictadura del proletariado asentada en los órganos de poder de las masas.

El proceso revolucionario actual tiene lugar en condiciones infinitamente más elevadas que las de 1952. Esta diferencia está determinada por la evolución operada en la conciencia de clase del proletariado, a partir de la experiencia vivida bajo las traiciones y frustraciones de los gobiernos movimientistas. La solución revolucionaria de los problemas ha pasado íntegramente a manos de la clase obrera.

Los explotados ya nada esperan de la burguesía nativa y desesperadamente buscan su propio camino y sus propias respuestas a la crisis imperante. La independencia de clase se traduce en la formación del partido del proletariado y su fortalecimiento es cada día más evidente.

El POR ha venido hasta ahora enarbolando desafiadoramente la bandera de combate del asalariado y luchando por educar y organizar a los explotados en la lucha por la conquista del poder. La vanguardia revolucionaria ha madurado juntamente con la clase y tiene capacidad de dirigir la lucha hacia la victoria.

La experiencia del partido pasa por la experiencia de la Asamblea Popular, una organización soviética que deliberadamente se proyectó hacia la dictadura del proletariado. Se sabe qué caminos recorrerán los explotados para liberarse, que tendrán que pasar inevitablemente por la insurrección y que no podrán menos que forjar su propia organización estatal, la dictadura del proletariado.

Si la condición objetiva (económica) para la revolución

está madura, también está madurando el factor subjetivo (partido) en la lucha diaria de los trabajadores por sus propios intereses. Esta maduración no puede menos que significar el aplastamiento político de las otras organizaciones de izquierda que se han desplazado hacia la trinchera burguesa y de la odiosa burocracia sindical, corrupta y reaccionaria, que tan cínicamente sirve al enemigo de clase.

Capítulo V NUESTROS CRITICOS

8. El POR, siguiendo la tradición bolchevique, va dejando en letras de molde el testimonio de su pensamiento y de su acción, de su evolución ideológica, de la autocrítica de sus errores y de la acerba crítica que hace de sus adversarios.

El marxismo desde que penetró en las masas se ha tornado creador y enriquece la teoría a través de la asimilación crítica de lo que hacen aquellas. El trotskysmo aparece como insustituible en este proceso.

Repetimos, el POR en el seno de las masas, junto a ellas, ha cometido muchos errores tácticos y no pocos han sido rectificadas autocríticamente antes de que los adversarios hubiesen tenido ocasión de reparar en ellos. Eso es lo que sucedió en el caso del frente único proletario. Otras veces ha sabido reconquistar las consignas bolcheviques y darles su verdadero contenido revolucionario, como se constata a través de la elaboración de las ideas alrededor del frente antiimperialista, como la gran táctica de la época presente en los países atrasados, contribución que no ha podido ser entendida hasta ahora por los llamados revolucionarios del exterior.

Los críticos del POR son de todo pelaje: los que se dicen seguidores de Trotsky, los más limitados y estúpidos; los marxistas (o socialistas) democráticos que repudian su apego al totalitarismo de la dictadura del proletariado, que les parece del todo superada en esta época de

la vigencia de una ilimitada democracia; los nacionalistas lo acusan de ser el autor del debilitamiento de los gobiernos burgueses antiimperialistas y algunos inclusive de no haber sabido meterse en el vientre del enemigo de clase para convertirlo en socialista; el oficialismo, los agentes del imperialismo y de la empresa privada, lo sindicaron de enturbiar la mente de los obreros y así impedir que se hagan exprimir en silencio la plusvalía, con la utopía de la revolución proletaria.

El más conspicuo de nuestros críticos ha resultado nada menos que Liborio Justo (Quebracho), que en su país no pudo poner en pie un grupo medianamente importante. Su acertada llamada de atención acerca de la vigencia en la Argentina del problema de la liberación nacional (aunque en su análisis hay una fuerte inclinación stalinista) ha quedado totalmente opacada por su megalomanía enfermiza y delirante, por su miedo físico a la persecución y por tanto a la militancia. Escribe para la exportación y en su país ha llegado al extremo de ocultar el número de su teléfono. Su egolatría se solaza lanzando libros contra el "egocéntrico" Trotsky (le acusa de haber escrito "Mi Vida", pero él tiene una autobiografía curiosa llamada "Prontuario") y llegó un momento en que planteó la disolución o destrucción de la Cuarta Internacional para poner en pie una Quinta. En fin, se trata de un residuo de las viejas y superadas disputas interminables entre los grupos trotskystas argentinos.

Este señor ha escrito un libro sobre la revolución boliviana, remarcable por la enorme cantidad de documentación acumulada, sobre todo alrededor de la actividad del POR, y donde plantea la peregrina tesis de que en 1952 la clase obrera no tomó el poder porque el trotskismo no lanzó la temeraria consigna oportunamente, tal vez semejante a su grito histérico de "muera el imperialismo" cuando Roosevelt visitaba la Argentina, etc. La grave sindicación, infundada del todo desde el punto de vista marxista, fue repetida por todos los que querían oponer reparos al POR boliviano, entre ellos por el aventurero Moreno, adorador del trasero del peronismo y eterno mecenas de

sus cuatro discípulos criollos que merodean por todos los pasillos imaginables en busca de audiencia.

La lucha contra el revisionismo pablista y que inicialmente encontró en Bolivia un frente único férreo, logró estructurar su propia fracción a través de la corrupción y del soborno. El POR denunció a los enemigos del trotskismo y éstos desde entonces no cejan en su empeño de difundir por el mundo entero acusaciones, calumnias, leyendas y todo lo que puede opacar la gradiosidad de los luchadores que han dado tantas victorias y glorias al trotskismo internacional.

Los pigmeos, las sectas, los grupúsculos que buscan cobrar alguna notoriedad, recurren al fácil expediente de reproducir los ataques contra el trotskismo boliviano que lanzan pablistas, revisionistas de toda laya e inclusive los nacionalistas. Ese es el caso del casi ya desaparecido Partido Obrero Internacionalista de Italia, del Workers Power de Inglaterra, de los cenáculos "espartaquistas" de diferentes lugares, muchos de ellos adoptan una actitud francamente provocadora.

El más fuerte de nuestros adversarios, el pablismo, que no tuvo el menor reparo de arrojar por la borda el programa de Trotsky para sumarse a la pequeña burguesía aventurera y hacerse foquista, ha acabado en Bolivia de manera lamentable, barrido por la historia después de la "gran y valerosa aventura" del asalto a la gasolinera de Villa Fátima. En esta hazaña queda sintetizado todo lo que es y lo que puede dar el pablismo.

El trabajo que el lector tiene entre manos no es una creación inédita, sino apenas una sistematización de la enorme cantidad de material publicado por el POR respondiendo a sus ocasionales detractores. Pese a este hecho, que la honestidad intelectual obliga a tener en cuenta, retornan al ataque una y otra vez, repitiendo la monótona musiquilla de siempre. Para ellos nuestro desprecio.

Ahí están los pigmeos y los batracios en su inútil empeño de emprender el vuelo de águilas. El POR emerge como el paladín de la revolución proletaria, como el faro que concentra la atención de los explotados y es

su guía segura. La victoria de los explotados será su victoria.

El stalinismo también ha acentuado sus ataques en el último tiempo. Es la respuesta de quienes sangran por la herida frente a la crítica acerba del trotskysmo sobre su conducta contrarrevolucionaria en el gobierno.

En fin, esperemos que los acontecimientos históricos den su veredicto acerca de la política del Partido Obrero Revolucionario.

El imperialismo y la reacción utilizan los servicios de algunos "indigenistas" para combatir al POR, que lo saben su peor enemigo. Estas gentes van repitiendo una serie de calumnias y patrañas: sostienen que propone que los campesinos sean expulsados de las ciudades, que los trotskystas viven en los barrios residenciales, que no hablan las lenguas autóctonas, que son gamonales y otras tonterías por el estilo que no merecen ningún comentario.

¿Y los presuntos revolucionarios, qué dicen? Que nos hemos olvidado de la coyuntura, de la táctica y que sólo miramos la finalidad estratégica. Si ésta es correcta es claro que encontrará la táctica que le corresponda. La objeción, aparentemente inofensiva, es propia de quienes reptan a los pies de la burguesía en busca de colarse al gabinete ministerial, de justificar su cretinismo parlamentario o su miserable existencia. Corresponden a quienes han sustituido el socialismo por la democracia burguesa.

También los críticos pueden equivocarse al juzgar la conducta de los partidos y sus posiciones ideológicas, pero si son marxistas, si realmente están entroncados en las masas, aprenderán muchísimo del pensamiento y de la actividad de otros revolucionarios. Nuestros críticos han dado pruebas de su incapacidad orgánica para aprender de la rica experiencia boliviana, única en muchos aspectos, esto porque nada tienen que ver con la clase obrera ni con la revolución. Se presentan como providenciales, excesivamente subjetivistas (idealistas, lo que ya se puede notar en Justo) y paternalistas. Siguen siendo los gringos que creen poder colonizarnos política e ideológicamente. Están equivocados de medio a medio, si fueran revolucionarios

tendrían que saber sacar las enseñanzas de lo que hemos hecho juntamente con las masas explotadas, tendrían que aprender a valorar críticamente nuestras elaboraciones teóricas. Enseñan los que han penetrado profundamente en el proceso revolucionario como los trotskystas bolivianos y no los trotamundos en busca de notoriedad, los enfermos de exitismo barato.

Capítulo VI EL "NACIONALISMO" DEL POR

9. El marxismo enseña que la revolución es un fenómeno nacional por excelencia, profundamente entroncado en la historia, en las particularidades nacionales, en la economía, en fin, en la cultura de un determinado país. Por esto mismo es un proceso excepcional, único e inédito, que no se lo puede exportar, calcar o uniformar.

Esta revolución, hecha por la mayoría nacional, sería inconcebible sin la mediación de la teoría, en nuestro caso la teoría de la revolución boliviana. Esto quiere decir que el marxismo, como método, nos sirve para conocer una realidad, penetrar en ella y transformarla, que es esto lo que hace el partido del proletariado, proceso en el que se transforma él mismo. El conocimiento de una realidad concreta se enriquece gracias a la experiencia mundial de la lucha de clases. Esa teoría de la revolución de un determinado país, cuya elaboración se ve facilitada por la existencia de documentos de valor mundial que sistematizan y aplican las leyes generales de la revolución en nuestra época ("Manifiesto Comunista", "Programa de Transición de la Cuarta Internacional", etc), se traduce en un programa partidista, que constituye la asimilación crítica, de toda la experiencia mundial y nacional de la lucha de clases, el conocimiento de la realidad nacional, de su cultura, de su historia, de su economía, de su política, de la mecánica de las clases sociales, etc), el enunciado de la estrategia del proletariado traducida en una fórmula gubernamental.

Este programa también es único, no se lo puede suplir copiando el del país vecino o con el argumento infantil de que ya existen programas insuperables como el "Manifiesto" o el "Programa de Transición". Tratándose de estos últimos documentos hay que decir que aun falta que sean concretizados y aplicados a una determinada realidad; de ellos se aprenderá, sobre todo, el método marxista. Los grupúsculos presuntamente marxistas y trotskystas que pululan en el exterior sólo podrán ser considerados como partidos si logran elaborar programas para la revolución que pretenden acaudillar, mientras tanto no serán más que cenáculos condenados a dividirse, subdividirse, fusionarse y, finalmente, desaparecer sin dejar la menor huella. Es lamentable el espectáculo de países en los que han habido infiridad de grupos trotskystas desde hace cerca de cuatro décadas y que carecen inclusive de tradición ideológica y política.

Trotsky, en su biografía de Lenin, dice que la aparición de la socialdemocracia en Rusia importó "el nacimiento del marxismo ruso" (no del marxismo en general, sino de uno aplicado a un determinado país). Las leyes generales del desarrollo de la sociedad capitalista han sido enunciadas hace más de una centuria, pero esto no supone que ya está verificada su concretización en todos los países. El mismo Trotsky añade un poco más adelante que "¡Cuán ingenua es la creencia en el nacimiento espontáneo de las ideas!" Para que el marxismo penetre en este o aquel medio se precisan de una serie de circunstancias objetivas y materiales, "en un determinado encadenamiento y en una relación determinada". No debe olvidarse que las ideas están socialmente condicionadas; que "antes de convertirse en causa de los hechos y de los acontecimientos, aparecen como su consecuencia".

Hay, pues, un marxismo boliviano, que históricamente aparece con la "Tesis de Pulacayo", momento en que emerge la vanguardia obrera consciente. Ese documento sindical ha transformado al POR.

Cuando hemos sostenido estas ideas, que no se apartan un ápice del marxismo, se ha respondido que el POR es un

"partido nacionalista" y que reniega del internacionalismo. Bien seguro que el marxismo boliviano forma parte del movimiento revolucionario socialista mundial, porque en nuestra época no puede concebirse ninguna otra forma de profunda transformación de la sociedad.

Tampoco existe la revolución simultánea en todos los rincones del mundo, esto por la tremenda desigualdad que impera en el desarrollo de la conciencia de clase del proletariado de los diferentes países. La clase obrera es internacional (apenas la réplica en el campo social del carácter mundial de la economía de nuestra época), pero no puede menos que actuar dentro de las fronteras nacionales y será en este escenario limitado que comenzará la revolución proletaria, destinada a proyectarse internacionalmente.

Una serie de circunstancias históricas y políticas, en cuya existencia ha tenido mucho que ver el pensamiento vigoroso y revolucionario de León Trotsky y casi nada la mediocre y gris repetición del mismo por parte de sus seguidores, han determinado que la posibilidad de la revolución proletaria (no estamos diciendo que estallará fatalmente en determinada fecha) se proyecta más próxima en Bolivia que en los otros países, al menos latinoamericanos. El movimiento revolucionario boliviano es cualitativamente diferente al centroamericano, por ejemplo, porque se ha estructurado alrededor del liderazgo de la clase obrera. Lo correcto en estas condiciones sería que los efectivos y recursos del movimiento trotskista internacional se proyecten sobre Bolivia, si no se procede así se está adoptando una conducta en contra de la revolución. Creemos que nadie dudará que la victoria del proletariado boliviano fortalecerá al movimiento revolucionario mundial. Si alguien nos dijese que dejemos de trabajar en Bolivia para ir a otro país a iniciar un movimiento revolucionario nos negaríamos de plano; sabemos que la derrota en el país altiplánico sería la derrota del trotskismo mundial.

La revolución boliviana puede triunfar inclusive en caso de no existir una internacional revolucionaria (mejor si existe), pero su consolidación y desarrollo posterior

res se verían seriamente comprometidos dentro de la última variante: el aislamiento puede ocasionar su fracaso o su degeneración, cosa que ciertamente no deseamos.

Queremos decir que actualmente trabajamos en favor del Partido Mundial de la revolución socialista, que más fácilmente se estructurará partiendo de un poderoso partido boliviano. Constituye una postura infantil el señalar un calendario para el desarrollo de la revolución o sostener que determinado continente o país están predestinados para iniciar el proceso de destrucción del capitalismo. No suscribimos ninguna de estas tonterías. Por nuestra parte, cuando estén dadas las posibilidades proyectaremos internacionalmente nuestra lucha revolucionaria.

Una vigorosa Cuarta Internacional puede estructurarse más fácilmente teniendo como base la experiencia boliviana, aprendiendo de ella lo que merece aprenderse y generalizando sus lecciones. Por esto mismo hay que contribuir a la victoria de la revolución en el país altiplánico.

Como se ve, la sindicación en sentido de que el POR es "nacionalista" y enemigo del internacionalismo, no es más que una postura infantil, indigna de marxistas.

No se trata de que nadie nos imite o copie nuestras consignas, sino de que maduren política e ideológicamente al calor de nuestra experiencia excepcional. Los plagios caen invariablemente en el ridículo, como fue el caso de los lambertistas peruanos que pretendieron sacar una Asamblea Popular de la manga de la chaqueta o de los argentinos que también quisieron tener su Tesis de Tucumán, etc.

Abril de 1984